

cional contemporáneo, de acuerdo con el criterio de que la novela histórica es, ante todo, novelar, pero también cierta manera de historiar. Los intertextos confirman una original simbiosis de literatura (lo ficcional) e historia (lo realmente acontecido), “característica fuerte de las novelas que ocupan nuestra atención” (pp. 32, 143 y 221). En fin, el rechazo absoluto de los cristeros al agrarismo y el desprecio a los maestros rurales hacen de estas novelas un elocuente documento (p. 233).

Tiene una obsesión por los estudios “exhaustivos”, pese a reconocer que su búsqueda fue *lo más completa posible* (cursivas mías), si bien en otras ocasiones investigó “sin ánimo de ser exhaustivo” (pp. 11, 22, 132, 191 y 210).

Arias Urrutia toma partido en la guerra cristera, exalta a los combatientes como los “verdaderos”, los “auténticos” cristeros (p. 105), guiado por el francés enemigo de la LNDLR, pero ésta y las Brigadas Femeninas también fueron auténticos y verdaderos cristeros, aunque no hayan combatido en el cerro.

En suma, el análisis literario supera al histórico, en su información sobre la historiografía cristera privilegia a un autor francés, ignora que en los últimos 30 años la historiografía cristera ya no es sólo hagiográfica, utiliza otros enfoques.

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO  
*El Colegio de México*

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO: *Cristeros y agraristas en Jalisco*.  
Vol. 1. México: El Colegio de México, 2000, 347 pp. ISBN  
968-12-0978-8\*

Hace ya más de cuatro décadas que el profesor Moisés González Navarro, al publicar *El porfiriato, la vida social* (1957) como volumen correspondiente de la *Historia moderna de México* le dio entrada a un tema que aún no parecía que perteneciera de suyo a la historiografía mexicana de esos años: el de la importancia de la religión y del reformismo católico en la sociedad porfiriana.

Como partes de extremos que se tocan, el tema desató una polémica que tuvo al menos dos frentes. Uno protagonizado por Daniel Cosío Villegas que, inspirado sin duda en criterios libera-

\* Un texto similar fue leído en la presentación de este libro en el Centro de Estudios de Historia de México Condumex, el 15 de marzo de 2001.

les, creyó ver en los hechos aducidos por González Navarro sólo buenas intenciones: “para mí [aseguró Cosío Villegas], la acción [de los católicos] fue ineficaz y el pensamiento romo”. El otro frente lo protagonizó el jesuita José Bravo Ugarte. Si bien el padre Bravo Ugarte reconoció las aportaciones de *El porfiriato, la vida social*, no dejó de polemizar con el autor en torno a cuestiones de forma y de fondo.

Poco más de 40 años después, el profesor González Navarro ofrece a la historiografía mexicana de nueva cuenta el primer tomo de una trilogía que vuelve sobre el tema, si bien ahora lo circunscribe “al estado más católico”: Jalisco (citando a Robert Quirck, cit. p. 225). Esto nos lleva a uno de los hilos conductores principales del libro: la geografía. Ciertamente se trata de un libro tramado sobre la centralidad de una entidad federal (Jalisco), de su capital (Guadalajara) y de sus doce circunscripciones principales, es decir, sus cantones, cada uno de ellos evocador a su vez de muchas historias: Colotlán, Ahualulco, Teocaltiche, Lagos, La Barca, Chapala, Sayula, Ameca, Mascota, Autlán, Zapotlán el Grande y Guadalajara mismo. No por nada, pero en la lectura del libro se aparece de vez en vez el fantasma de encontrarse de súbito en múltiples “lugares del Arzobispado”, asunto éste sobre el que luego regresaremos. Y no es para menos, pues es tal la cantidad de imágenes con que el autor enriquece la obra que a un mismo tiempo, al lado de los hombres y mujeres aparecen los imprescindibles lugares: Tepatitlán, Cocula, Ojuelos, Tequila, Yahualica, San Juan de los Lagos, Cuquíó, Atotonilco, Purificación, San Miguel el Alto, Tapalpa y tantos otros de la rica toponimia jalisciense. Y junto a los lugares aparecen los lazos de interdependencia de una vasta región interestatal en la que se enlaza el occidente mexicano. Ésta es la primera razón por la cual el título es modesto frente a la extensión de los datos. Pues es obvio que no se trata sólo de Jalisco, aun siendo como es, el eje sobre el que giran los espacios occidentales mexicanos: los alteños, los abajeños, la Mesa del Nayar, la costa, el sur de Jalisco, el sistema Lerma-Santiago con todo y su Barranca.

Por otra parte, es obvio que no se trata sólo de cristeros y agraristas en el sentido estricto. Debo confesar que a mitad del texto me pregunté por qué el profesor González Navarro había optado por sintetizar en esos dos adjetivos sustantivados el título de su libro, ya que abarcaba aspectos mucho más amplios y complejos. Pero debo confesar también que al terminar la lectura no pude menos de estar de acuerdo con el autor, y con la agudeza que

supone el título. Por un lado le doy la razón porque trata de una historia social de una región que conforma sus poblaciones con campesinos —es decir con *paysannes*— particularmente en esos años, así sea sus villas o su ciudad episcopal (su *cité*). Se trasladan de la hacienda, del rancho y de los pueblos, y reproducen en las ciudades no sólo su arquitectura y sus trazos, sino sus usos, costumbres, y sobre todo sus conductas y mentalidades. Esto último es, sin duda, lo que le da a la obra el toque principal. Con una sensibilidad extraordinaria el autor da cuenta de la mentalidad intransigente con que los hombres y mujeres que rescata del pasado construyen su vida social. Ya sean católicos, agraristas, conservadores, liberales, masones o cristeros. Ya se trate de las logias, las asociaciones obreras, los periódicos, las parroquias, las escuelas de artes y oficios, o las de jurisprudencia. Ya se trate de generales, obispos, párrocos, abogados, estudiantes, sastres, medieros o zapateros. La conclusión no puede ser más manifiesta: el enfrentamiento entre ellos, que se dio a lo largo del siglo XIX, no fue tanto porque fueran muy diversas sus opciones, sino porque en el fondo eran muy iguales. Si bien traducidas en términos concretos a través de conceptualizaciones aparentemente divergentes y contradictorias. Sea lo que fuere, no deja el autor de resaltar los procesos formativos de una sociedad tradicionalista, clerical, autoritaria y aristocrática que explican muchas de sus opciones políticas y sociales. Y que nos pone en contacto con las formas en que esos hombres y mujeres piensan, viven, mueren, celebran, deciden, e incluso se enemistan o se eliminan.

Todo esto nos lleva a poner de relieve cuestiones fundamentales que no escapan a la acuciosidad de la investigación. Sería prolijo nombrar a todos aquellos a quienes el autor de *Cristeros y agraristas en Jalisco* rescató; pero es importante señalar que sin ellos no se escribiría esta historia. A reserva de ser injusto no podemos olvidar a Francisco Orozco y Jiménez, “Francisco el grande”; José López Portillo y Rojas, el “más importante de los escritores católicos porfiristas, pese a la oposición de los católicos conservadores” (p. 232); Ramón Corona, Manuel Lozada, Bernardo Reyes, Miguel Palomar y Vizcarra, Antonio Correa, Manuel M. Diéguez, Wistano Luis Orozco, Manuel Cuesta Gallardo, Victoriano Salado Álvarez, Anacleto González Flores, Miguel Gómez Loza, Silvano Carrillo, y tantos otros que el texto incluye. Y desde luego los actores colectivos: jesuitas, maristas, masones, liberales, congregantes marianos, operarios guadalupanos, militantes del Partido Católico, revolucionarios (o minirrevolucionarios si se quiere).

Sin duda que la experiencia personal del autor, originario de la región que analiza, le da a la investigación un toque peculiar. De hecho hay una manifiesta continuidad en la línea que hace más de 50 años trazó Agustín Yáñez al dudar de si *Al filo del agua* debía más bien llevar por título "En otros lugares del arzobispado", como de hecho ya lo hemos señalado. Desde el principio de *Cristeros y agraristas* el profesor González Navarro propone lo esencial del texto: religión y tenencia de la tierra en un proceso de muy larga duración. Todo lo demás viene por añadidura. En este sentido el texto abunda en justificaciones fácticas de la novela que Yáñez publicara en 1947.

Debo confesar que *Cristeros y agraristas* aclara muchas de las preguntas pendientes sobre la historia social del occidente mexicano en general y sobre la influencia de la religión y del catolicismo social en particular. Pero también explica la forma cómo se constituyó una sociedad que hasta el día de hoy tiene una peculiaridad específica en el concierto nacional. No puedo evadir mis vivencias personales en esa sociedad en mis años de adolescencia y juventud. Y no puedo evadir tampoco el impacto que me producían los valores que privilegiaban: el radicalismo de tiros y troyanos, por ejemplo entre la Universidad de Guadalajara y las otras instituciones universitarias; la permanencia y vigencia no ya del Arzobispado de Guadalajara, sino de un "gobierno eclesiástico" al lado de uno civil; la existencia del "venerable clero", a mí que llegué a una congregación laical, como eran los maristas, en un momento de gran triunfalismo, ya que Guadalajara recién tenía el primer cardenal mexicano y, por si fuera poco, las chivas rayadas eran el paradigma del fútbol nacional.

Sin duda la consistencia y madurez del texto se debe por una parte a las exhaustivas fuentes de donde brota y a la amplia experiencia del autor en la historia social, una vez supuesta, desde luego, su natural inclinación por el territorio que lo vio nacer. Este primer volumen, que llega hasta 1916, viene seguido de un segundo que abarca hasta 1929, y un tercero que deberá terminar en 1940. Como el profesor Moisés González Navarro lo aclara, la perspectiva, sin duda, es la misma ya que la historia que recobra va más allá de la lucha entre la Iglesia y el Estado e intenta adentrarse en la economía, la sociedad y las mentalidades, y en los grupos sociales que respaldaron a ambas instituciones y que en ellas se protegieron y legitimaron.

Manuel CEBALLOS RAMÍREZ  
*El Colegio de la Frontera Norte*